

Hermanas de Jesús Buen Pastor

Pastorcitas



Itinerario de Lectio Divina

en preparación al Seminario
sobre el ministerio de cura pastoral

FICHA 3

Imagen de la carátula:

Jesús Buen Pastor con su pueblo (*particular*)

Autor: Pjerin Sheldija

Lugar: Iglesia de Krajn - Albania

“Te recomiendo que reavives el carisma de Dios que está en ti” (2 Tm 1,6-11)

1. El contexto

El apóstol Pablo dirige esta carta al discípulo e hijo Timoteo, joven responsable de una comunidad. El ministerio de Timoteo, por cuanto se deduce de la carta, encuentra dificultades e incomprensiones que podrían desanimar al joven ministro. En este difícil contexto de servicio, Pablo exhorta a Timoteo a descubrir las razones profundas – teológicas - de su compromiso apostólico. En los versículos precedentes (vv. 4-5) Pablo recuerda el intenso lazo afectivo que lo une al hijo Timoteo, un vínculo espiritual, que es aún más sólido por el testimonio de fe que la abuela Loida y la madre Eunice le dieron en su infancia y juventud.

2. El texto

v. 6: La exhortación de Pablo se abre con la memoria de la consagración de Timoteo, que está al origen de su ministerio: *reaviva el carisma de Dios que está en ti por la imposición de mis manos*. Es evidente que Timoteo está atravesando un momento de dificultad, existe el peligro que este don pueda opacarse. El verbo reavivar (*anazopurein*) se refiere a la acción de atizar el fuego bajo las cenizas. El fuego corre el riesgo de apagarse, el ministerio puede perder impulso y entusiasmo. Ya en la primera carta el apóstol había exhortado al discípulo: *“No descuides el carisma que hay en ti, que se te comunicó”* (1Tm 4,14). La razón de esta dificultad puede ser la soledad debida a la separación de Pablo (v. 4), o tal vez la joven edad de Timoteo: *“Que nadie menosprecie tu juventud.”* (1 Tm 4,12), quizás también un poco de negligencia en el ejercicio espiritual: *“Ejercítate en la piedad. Los ejercicios corporales sirven para poco; en cambio la piedad es*

provechosa para todo” (1 Tm 4,7b-8a). La respuesta a la crisis es la memoria de aquel evento gracias al cual Timoteo, recibiendo el don del Espíritu Santo, ha sido constituido pastor de la comunidad.

v. 7: La memoria del don recibido crea las condiciones para un ejercicio del ministerio que rehúsa la cobardía para ser, por el contrario, dotado de fuerza, amor y sabiduría. La fuerza (*dynamis*) es la fortaleza, que es fruto del don del Espíritu, de no confundir absolutamente con la agresividad. Es la *parresia* - franqueza - que suscita una gran libertad interior, que ahuyenta el miedo de estar solos y abandonados, que da la certeza de ser acompañados y sostenidos por la acción del Espíritu, que viene en ayuda de nuestra debilidad (cf. Rom 8,26). El amor (*agàpe*) es el amor oblativo de Cristo, ese amor que es compasión y condici3n hasta el don de sí, a ejemplo del Buen Pastor (cf. Jn 10; Jn 13). La sapiencia (*sophronusmòs*) es la sabiduría del corazón, o sea la capacidad de realizar un auténtico discernimiento teniendo delante y en el corazón la Pascua de Cristo. La verdadera sabiduría es el arte de elegir aquello que más nos permite vivir en nosotros la Pascua di Cristo, para asimilar sus sentimientos (cf. Flp 2,6-11). Es, además, la capacidad de permanecer en el justo medio, de tener ese equilibrio aún en los sentimientos. La fuerza y el amor no bastan, es necesario ese discernimiento, para saber leer los tiempos, los lugares y los momentos, de tal modo que el gastarse por los demás no sea por breve tiempo - hasta el agotamiento de las fuerzas - sino para toda la vida. La sabiduría se convierte así en el arte de la perseverancia.

v. 8: La consecuencia para Timoteo es “*el no avergonzarse*” del Evangelio (cf. Rm 1,16) del cual ha sido constituido heraldo, y que ahora ve resplandecer aún en la impotencia de su maestro - Pablo - que está en la cárcel. El sufrimiento del apóstol no es un incidente en el camino sino asimilación a Cristo, Mesías sufriente. Timoteo es invitado a no volver estéril la prueba que

está viviendo, a no considerarla un absurdo, sino por el contrario, como el signo inequívoco de la auténtica modalidad con la cual el anuncio cristiano se hace camino aún en las sinuosidades frecuentemente intrincadas del acontecer humano: la cruz.

vv. 9-11: Pablo introduce aquí una feliz digresión en el contenido del Evangelio del cual es heraldo, apóstol y maestro. Si es verdad que un punto importante para salir de la crisis es la memoria de los dones recibidos, también es cierto que la memoria del Evangelio es otro pilar (don) sobre el cual se funda la experiencia gozosa del propio ministerio. La salvación es al mismo tiempo elección, que se inserta no en las propias capacidades (obras), sino en la simple y cierta gratuidad de Dios, según su propósito y su gracia. Esta llamada a la salvación y a la elección se ha manifestado ahora clara y definitivamente en Cristo: es el misterio preparado desde siempre que ahora resplandece con toda su fuerza y potencia. Es el Salvador (*soter*) que ha vencido definitivamente la muerte y nos da la vida sin fin. La memoria del Evangelio - victoria sobre la muerte por medio de Cristo - da la posibilidad de insertar la propia vicisitud humana - con sus luces y sus sombras - en un vasto horizonte: *“Estimo que los sufrimientos del momento presente no son comparables con la gloria que se ha de manifestar en nosotros.”* (Rm 8,18). La memoria de la meta hacia la cual nos dirigimos produce una actitud de paciencia y perseverancia.

3. Actualización

El servicio apostólico, la caridad pastoral, son el ámbito donde se hace fructificar el don de gracia que hemos recibido. Sin embargo, como nos lo atestiguan las palabras de Pablo, el que es enviado corre el riesgo de sucumbir bajo el peso de la responsabilidad y de las dificultades que encuentra. La experiencia misma confirma que al entusiasmo inicial con frecuencia sigue el desencanto, que si no es vivido en la fe,

puede convertirse en inicio de tantas evasiones y compensaciones que nada tienen que ver con nuestra consagración y misión. La soledad, las incomprendiones al interno de las comunidades, o sólo la frialdad de la vida comunitaria, pueden deteriorar aún la vocación más segura y sólida.

Pablo exhorta a Timoteo a “reavivar” el carisma. Esta imagen, como ya hemos evidenciado en el comentario, evoca la acción de atizar el fuego que, cubierto bajo un cúmulo de cenizas, corre el riesgo de apagarse, ya sea por la falta de aire como por el consumo del material a quemar. Es una expresión que, aún en su dramaticidad, representa bien la idea de un comienzo crepitante al que sigue un inexorable y lento declino hasta apagarse. Dar aire al fuego, quitar las cenizas, para Pablo es hacer memoria del don de gracia que hemos recibido el día de nuestra consagración, hacer memoria de aquella efusión de gracia que nos ha constituido en ministros y apóstoles. Es dejar dilatar el Espíritu Santo que ya vive y obra en nosotros, pero que corre el riesgo de ser mortificado por centrarnos en nosotros mismos. De hecho, el verdadero enemigo (las cenizas) de este crecimiento no son las circunstancias adversas, que por el contrario vuelven más auténtico y más pascual nuestro servicio; el verdadero enemigo soy yo, o más bien aquel *yo* que quiere administrar en modo autónomo e independiente aún el don de Dios. La memoria de aquel día nos recuerda que la vida espiritual exige cuidado, atención, vigilancia constante. Pedir con asiduidad a Cristo que nos proteja de nosotros mismos.

La memoria del Evangelio es el otro pilar sobre el cual el discípulo edifica su vida y la fecundidad de su acción pastoral. Pablo recuerda que no en virtud de nuestras obras somos elegidos y salvados, sino por gracia y según el designio de Dios. La gratuidad de la elección y de la salvación derriba toda pretensión y todo mérito, elimina en modo definitivo todo temor y miedo, abre el corazón del apóstol a la gratitud, a la fortaleza y a la caridad.

Las consecuencias para Timoteo son claras: un espíritu de fortaleza, amor y sabiduría. La sabiduría es la asimilación progresiva de la realidad de la Pascua de Cristo, en modo tal de saber elegir en cada circunstancia lo que nos acerca o nos aleja de ella. Las dificultades ineludibles de todo ministerio no serán así el ámbito de la murmuración y del abatimiento, sino por lo contrario, la ocasión propicia (*kairòs*) para revelar que no nosotros, sino la potencia del Resucitado obra en nosotros. Ser heraldos, apóstoles y maestros no es un ejercicio académico, ni mucho menos son títulos para eludir el camino pascual, sino empeño y deseo que más que la palabra, la vida - nuestra vida - sea epifanía de la fuerza renovadora de la Pascua de Cristo: *“En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda solo; pero si muere da mucho fruto. El que ama su vida, la pierde; y el que odia su vida en este mundo, la guardará para una vida eterna.”* (Jn 12,24-25).

4. En oración con la Palabra

1. Miro con los ojos de Cristo los momentos de crisis que vivo en el ministerio de cura pastoral, y me pregunto cuáles son las causas que apagan en mí el entusiasmo inicial.
2. En los momentos de dificultad y de incompreensión, ¿cuáles son las razones profundas que sostienen mi fidelidad al Señor y al ministerio que me ha sido confiado?
3. ¿Hay en mí situaciones de evasión o compensaciones frente a las dificultades comunitarias y eclesiales? ¿Cuáles son? ¿Me abandono a críticas y murmuraciones, o acojo esas situaciones para unirme a la fuerza renovadora de la Pascua de Cristo?
4. El sufrimiento del apóstol no es un incidente en el camino sino asimilación a Cristo. ¿Cómo torno apostólicamente fecundas las pruebas que vivo?

Escribo los pensamientos y los sentimientos que la oración de la Palabra ha suscitado en mí, para no olvidarlos, y poder compartir con las Hermanas.

N.B. Cuanto he vivido en la oración y de lo cual he tomado nota puedo enviarlo directamente a la Superiora General, para contribuir a la preparación del Seminario sobre nuestro ministerio de cura pastoral.

Compartiendo con la comunidad

1. Invocamos el Espíritu Santo.
2. Releemos juntas el texto de la Palabra meditada.
3. Compartimos lo que cada una ha percibido en la oración personal.
4. Nos detenemos en silencio para saborear el gusto de cuanto cada Hermana comparte.
5. Agradecemos por el don recibido.

Si la comunidad quiere contribuir a la reflexión sobre el ministerio de cura pastoral, una Hermana toma nota de los elementos esenciales de la condivisión para poder mandarlo a la Circunscripción, que recopilará el material en vista del Seminario, de enviar al Gobierno General.

Roma, casa general
Abril de 2008